



San Romero de América

Sus detractores, en la Iglesia y en las altas esferas de la sociedad decían que lo mataron por meterse en política. Pero el pueblo salvadoreño, que vivía entonces una guerra interna entre la guerrilla y el ejército con un saldo de decenas de miles de muertos, vio con sorpresa y agrado que su arzobispo

no dudaba en defender valientemente los derechos de los más pobres y levantar la voz cada vez que era necesario proteger la vida de un inocente, aunque para ello tuviera que arriesgar la suya, por amor. Y así fue, los amó hasta el fin, hasta el martirio. Las que siguen fueron sus últimas palabras en la misa de la víspera de su muerte: “Yo quisiera hacer un

llamamiento, de manera especial, a los hombres del ejército. Y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la policía, de los cuarteles... Hermanos, son de nuestro mismo pueblo. Matan a sus mismos hermanos campesinos... En nombre de Dios pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡Cese la represión!” La respuesta a este llamamiento fue el disparo que terminó con su vida al pie del altar.

El papa Francisco publicó hace unos meses un documento en el que afirma que la santidad está al alcance de todos, solo se trata de servir a los más pobres desde nuestro lugar en la Iglesia y desde nuestra profesión en la sociedad. Y hacerlo por amor. Todos los días. Cueste lo que cueste. Como lo hizo San Romero de América.

(*Maria Rosa Lorbés, APC Signis.Perú, Instituto de Fe y Cultura de la UARM).

Hace 38 años, un 25 de marzo el arzobispo de San Salvador fue asesinado por un disparo de un francotirador del ejército mientras celebraba la misa. 35 años después, en mayo del 2015, el Papa Francisco lo declaró beato y próximamente, el 14 de octubre será canonizado, es decir será reconocido como santo y mártir por la Iglesia católica. El Papa Francisco le ha dado curso a este proceso de canonización de Romero que llevaba tres décadas estancada en las oficinas del Vaticano, mientras que en América Latina eran muchos los creyentes (hombres y mujeres, sacerdotes, laicos y laicas) que desde el mismo día de su asesinato lo recordaban, le rezaban y se referían a él como “San Romero de América”, como lo bautizó Monseñor Pedro Casaldaliga, su amigo obispo de San Félix de Araguaia en la amazonía brasilera.